El mar monstruoso y la fiel montaña en *La Oda II* de Luis de León

ISABEL URÍA MAQUA
Universidad de Oviedo

Varios editores de la oda II de Fray Luis han señalado que la «fiel montaña» del verso 38 es el monte Auseba, junto a Cangas de Onís (Asturias). Así lo creen el P. Llobera (1932: 64), el P. Vega (1955: 448), Alarcos (1977-1978: 14), Macrí (1982: 291), Alcina (1987: 79), Serés (1990: 59), etc. Además, explican el epíteto *fiel*, aplicado a *montaña*, por haberse iniciado en dicho lugar la batalla de don Pelayo contra los árabes, o sea, la batalla del pueblo fiel al cristianismo, contra el pueblo infiel. Algunos añaden que la lira VIII traza los límites de Galicia[1].

Ahora bien, en esas interpretaciones de la lira VIII hay una contradicción, y esa contradicción indica que no son acertadas. Vamos, pues, a ver las razones que se oponen a la identificación de «la fiel montaña» con el monte Auseva de Cangas de Onís (Asturias). Luego expondré mi interpretación del verso 38, es decir, qué significado tiene el epíteto *fiel* en ese contexto y a qué montaña se refiere el poeta agustino, atendiendo para ambas cosas, al sentido global de la Oda y a la poética del propio Fray Luis.

Una cosa me parece indudable y es que dicha lira se refiere a la Galicia de la época de don Pedro Portocarrero, es decir, a la Galicia del siglo XVI, que, prácticamente, tenía los mismos límites que tiene hoy. Los versos de la lira que cierra la Oda (la VIII) nos indican cla-

1. Entre otros, el P. Llobera (1932: 66) y Macrí (1982: 291-292). Por su parte, Alarcos (1977-1978: 14) cree que se trata de la *Gallaecia* romana, la cual comprendía en sus límites Asturias.

ramente que se trata de la Galicia de la época de Portocarrero. Dicen así:

> Dichosos los que baña
> el Miño, los que el mar monstruoso cierra,
> dende la fiel montaña
> hasta el fin de la tierra,
> los que desprecia de Eume la alta sierra.

Lo que, implícitamente, dice aquí el poeta es que el pueblo de Galicia, sus habitantes, son «dichosos» porque tienen como gobernador al «gran Portocarrero» (v. 19). Toda la Oda es, de hecho, una exaltación de las virtudes de don Pedro, una alabanza o canto laudatorio a su nobleza de espíritu, que Fray Luis le dedicó con motivo de su regencia en aquella provincia, desde 1571 a 1580, utilizando una técnica elusiva para evitar el elogio directo[2]. Así, pondera la «Virtud» (lat. VIRTUS 'fortaleza de ánimo'), como un alto valor del que participaron grandes personajes de la Antigüedad clásica, como Alcides 'Hércules' (v. 7); de la Edad Media, como el Cid (v. 10), y de la época de Fray Luis y Portocarrero, o sea, del siglo XVI, como el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba (v. 15).

Tras esto, en la lira IV el elogio pasa a ser personal y el poeta nos dice que por la senda de la «Virtud», seguida por aquellos grandes hombres, camina, ahora, «el gran Portocarrero» (v. 19). A partir de ahí, en las tres liras que siguen (V, VI, VII), el sujeto de la acción es ya Portocarrero; por lo tanto, todos los elogios recaen directamente en él. Para el caso que nos ocupa, es especialmente importante la lira VII, inmediata a la que cierra la Oda. Dice así:

> En pueblo inculto y duro
> induce poderoso igual costumbre,
> y do se muestra escuro
> el cielo, enciende lumbre,
> valiente a ilustrar más alta cumbre.

Ese efecto tan altamente beneficioso que, según Fray Luis, ejerce el gobierno de Portocarrero en el «escuro» pueblo gallego, es lo que le lleva a la emocionada exclamación de la lira VIII, en la que llama «dichosos» a los habitantes de Galicia por tener a don Pedro de gobernador. Los «dichosos» son, pues, los que están bajo su gobier-

2. Véase Alarcos (1977-1978: 8).

no, los gallegos. Por lo tanto, los «dichosos» a los que alude el poeta no pueden ser los que están fuera de los límites de Galicia y, en consecuencia, fuera de la regencia del «gran Portocarrero», sino solo los que están bajo su regencia. Además, en plena coherencia con esto y reforzándolo, si cabe, aún más, podemos añadir los versos primero y último (36 y 40) de la lira VIII. Veamos:

> Dichosos los que baña
> el Miño

El Miño «baña» los pueblos de las provincias de Lugo, Orense y Pontevedra, o sea, los pueblos de Galicia, pero no los de Asturias. Por lo tanto los «dichosos» son los gallegos y no otros. Lo mismo sucede con el último verso (40):

> los que desprecia de Eume la alta sierra,

donde *desprecia* (< DESPICERE) vale 'mirar desde arriba'. La sierra de Eume (Lugo), también llamada el Gistral, es la sierra en que nace el río Eume, que riega las provincias de Lugo y La Coruña. El poeta llama «dichosos» a los pueblos que se ven desde la alta sierra de Eume, por tanto, a los habitantes de los territorios que la vista domina desde su cumbre; en otras palabras, los pueblos de Lugo y La Coruña, que son los que se dominan desde el Gistral o sierra de Eume.

La conclusión que se desprende de todo esto me parece indiscutible y muy clara: la lira VIII se refiere a los pueblos de la Galicia del siglo XVI, no a los de la *Gallaecia* romana, pues, si así fuera, los «dichosos» serían, además de los gallegos, los asturianos, lo cual no tiene sentido, ya que los asturianos ni están bajo el gobierno de don Pedro de Portocarrero ni son bañados por el río Miño ni sus pueblos se ven desde la sierra de Eume.

En realidad, la lira VIII, más que los límites de Galicia, lo que señala de manera inequívoca, aunque indirecta, son sus cuatro provincias, utilizando para ello los accidentes geográficos más característicos de la región: el río Miño (v. 37), que discurre por Lugo, Orense y Pontevedra; el cabo de Finisterre (v. 39), en La Coruña, y el Gistral o sierra de Eume (v. 40), donde nace el río de su nombre, que desde Lugo entra en La Coruña y la atraviesa de este a oeste, desembocando en la ría de Ares por Puentedeume.

Pues bien, si es indudable que la lira VIII alude a la Galicia del siglo XVI y no a la *Gallaecia* romana, queda descartada la posibilidad de que «la fiel montaña» del verso 38 sea el monte Auseba de

Asturias. No obstante, Cristóbal Cuevas (2000: 96), en una nota al verso 38, «dende la fiel montaña», hace el siguiente comentario:

> Es decir, desde la Cordillera Cantábrica —«la Montaña», cuyos naturales eran famosos por su fidelidad (Herrero García, pp. 226-248)—, hasta el cabo de Finisterre («fin de la tierra», v. 39).

La nota es imprecisa y, en cierto modo, ambigua. Decir que Galicia se extiende desde la Cordillera Cantábrica hasta el cabo de Finisterre es llevar los límites de la región gallega, por el este, hasta la provincia de Santander, pues Cuevas identifica —o parece identificar— la Cordillera Cantábrica con «la Montaña», ya que esta, en su citada nota, figura como una aposición a «la Cordillera Cantábrica». Esto induce a pensar, que con el nombre «la Montaña» se refiere a los montes de Cantabria (Santander), región que, como es sabido, se suele llamar «la Montaña». Es obvio que Galicia nada tiene que ver con Cantabria, por tanto, la nota de Cuevas es, cuando menos, poco clara. Pero aun concediendo que bajo el nombre «la Montaña» se englobe también Asturias —lo que no parece ser así, puesto que Herrero García estudia esta región en otro apartado (pp. 236-248)[3]—, la Cordillera Cantábrica asturiana no limita con Galicia, ya que, en su extremo occidental, en las inmediaciones de Luarca:

> [...] sigue por los largos cordales de Rañadoiro y Valdebueyes [...] y, pasado el puerto de Valdebueyes, se desgajan del eje principal varias montañas [...] que se prolongan a S. W. por la Peña Rubia y Picos de Miravalles, ya en los límites del Bierzo, donde la cordillera se arquea hacia S. E. y continúa por la sierra de Jistredo, con su cima del Cotouto (2.117 m.) y, más al S., por las montañas de León, a terminar en el áspero Teleño (2.188 m.) (Echeverría, 1940: 54-55).

Por tanto, poner como límite de Galicia la Cordillera Cantábrica no es pertinente, y mucho menos cuando se trata de la Cordillera Cantábrica oriental, es decir de «la Montaña» o región santanderina.

Por otra parte, la explicación que da Cuevas al epíteto *fiel* no convence. Según él «los naturales [de «la Montaña»] eran famosos por su fidelidad», y en su apoyo cita el libro y las páginas (226-248) de Herrero García. En realidad, la única vez que este autor se refiere a los montañeses de la región cantábrica, como explícitamente leales,

3. En estas páginas, dedicadas a los asturianos, nada dice de su fidelidad o lealtad.

es en una cita de un texto de Lope de Vega, en el que un montañés discute con el Rey, y dice:

> — Que antes de vos tengáis duda
> que de mi pecho *leal*.
> — ¿De dónde eres?
> — Montañés[4].

Herrero García insiste en la supuesta nobleza de los montañeses, y en sus pruritos de hidalguía, pero de su fidelidad y lealtad nada dice, excepto el citado texto de Lope de Vega.

Como quiera que sea, lo que allí se dice no justifica el epíteto de *fiel* que Fray Luis aplica a la *montaña*, en la Oda II, y no solo por lo exiguo de la cita, sino, sobre todo, porque el poeta aplica ese epíteto, no a *una* montaña, sino a la montaña en sentido genérico, es decir, a la montaña como accidente orográfico, no como rasgo distintivo de una singular montaña de un lugar o de una región determinada.

En suma, sigue sin aclararse el sentido del verso 38. Es, pues, necesario identificar de manera precisa la «fiel montaña» y explicar la razón del epíteto *fiel*, es decir, a qué montaña se refiere Fray Luis y por qué la llama «fiel». Obviamente, tiene que ser una montaña que pertenezca a Galicia y que sea, lógicamente, algún límite de ella. A este respecto, es importante tener en cuenta que el sintagma «fiel montaña» tiene como límite opuesto el cabo de Finisterre, «el fin de la tierra» (v. 39). Fray Luis nos viene a decir que todo lo comprendido entre esos dos extremos («dende la fiel montaña / hasta el fin de la tierra») está cerrado, cercado, por el «mar monstruoso». Salta a la vista el fuerte contraste de los epítetos que el poeta aplica al mar y a la montaña: *monstruoso* / *fiel*, uno negativo, positivo, el otro. ¿A qué se deben tales epítetos?. En el caso de «la fiel montaña» ya hemos visto que no puede ser el monte Auseva, cerca de Covadonga (Asturias), y que, por tanto, el adjetivo *fiel* no se explica por la batalla de los cristianos contra los árabes, pueblo infiel.

Creo que la razón de ambos epítetos, su explicación y su origen, se encuentra en el sistema metafórico de la poética de Fray Luis, esto es, en la frecuencia con que el poeta agustino utiliza el mar y la montaña con un valor metafórico, o simbólico, negativo y positivo, respectivamente. Por lo tanto, se hace necesario analizar el sentido de

4. La cita del texto de Lope (p. 236) es de *Los Ramírez de Arellano*. La cursiva es mía.

las metáforas del mar y la montaña, ambas muy conocidas de los estudiosos del poeta agustino. Empezaremos por las marítimas.

Las imágenes y metáforas marítimas, que aparecen en las obras de Fray Luis, son varias, pero aquí nos limitaremos a señalar la metáfora esencial, de la que derivan todas las demás[5]. La metáfora clave es la que identifica «la vida» y «el vivir» con el *mar* y la *navegación*. El valor metafórico del *mar* y la *navegación* para representar «la vida» y «el vivir» es bastante claro en los textos poéticos, como sucede en las odas I (vv. 66-70) y XIV (vv. 36-60). Pero, como bien ha señalado Ricardo Senabre (1978: 46), donde Fray Luis formula de una manera más explícita la metáfora del *mar de la vida* o *del vivir* es en la *Exposición del Libro de Job*, obra que fue redactando a lo largo de su vida, incluidos los años de encarcelamiento[6]. En esta obra, utiliza dos veces, de manera palmaria, la metáfora del *mar* y *la navegación* para representar la vida terrena. La primera vez lo hace en el capítulo V, versículo 25. Allí, tras exponer los bienes que alcanza el hombre que se ha purificado de todas sus faltas y se ha reconciliado con Dios, Fray Luis cierra el párrafo con estas palabras:

> Y añadiéndosele cada día nuevos fructos del mérito, fenecido *el navegar de la vida entra en el puerto* abastado de bienes[7].

Donde, obviamente, los *bienes* son bienes espirituales, y el *puerto* es la salvación, es decir, la entrada en el reino de los cielos, la vida sobrenatural.

La segunda vez que utiliza la metáfora del *mar* y la *navegación* es en el Capítulo VII (v. 1) de dicha *Exposición*. Aquí, Fray Luis la formula de manera aún más explícita, si cabe, que en V, 25. Dice así:

> No hay cosa en esta vida tan llana que no tenga sus malos pasos; y este *mar*[8] *del vivir* cuando está más sosegado ha de ser más temido: que en

5. Las más utilizadas por Fray Luis son estas: *las olas enfurecidas* 'las tentaciones', *las tormentas y vendavales marítimos* 'las pasiones', *el naufragio* 'el pecado', o sea, 'la muerte espiritual'. Además hay metáforas náuticas positivas, la más importante de las cuales es la metáfora del *deseado puerto* que tiene un doble sentido, el religioso-transcendente: 'la salvación'; y el existencial: 'la consecución de la paz por la elevación poética y espiritual'. Estas metáforas han sido magníficamente estudiadas por Senabre (1978). También por Hill Connor (1980).

6. Véase la edición del P. García (1967: 3-5). También Macrí (1982: 39-42).

7. P. García (1967: 122).

8. En la edición del P. García (1967: 150) se lee *mal*, en vez de *mar*, pero es una errata, como también lo es la voz *alas* por *olas* (v. 75, de la traducción del *Salmo* CVI, p. 1003). Además, en la misma citada edición, en la p. 7, comenta el P. García: «Él [Fray Luis] sabe por experiencia [...] *que este* **mar** *del vivir*...». La lección original del texto de la *Exposición* (VII,1) es, pues, lógicamente, *mar*, ya que, la mención de las *furiosas olas* implica una navegación por el mar. Además, como hemos visto, en el

> su calma hay *tempestad*, y su quietud y sosiego encubre en sí *furiosas olas* más empinadas que montes.

Donde la *tempestad* y las *furiosas olas* representan, respectivamente, las pasiones del hombre y las tentaciones.

En realidad, todas estas imágenes del mar y la navegación tienen antecedentes literarios, pertenecen a una larga tradición escrita, que se remonta a las *Sagradas Escrituras* (*Salmos* 42, 8; 107, 23-30. *Isaías*, 57, 20) y a los Santos Padres[9]. Tienen, por lo tanto, una gran antigüedad, y han sido utilizadas por numerosos poetas y prosistas anteriores a Fray Luis, entre ellos los autores clásicos, griegos y latinos, y también los escritores medievales. Ya en la antigua Grecia, el mar era visto como un lugar lleno de peligros, como un gran poder hostil, que acecha a los navegantes y les hace naufragar. Así, el mar llega a convertirse, casi, en un *tipo* o símbolo de todo lo insensible y despiadado[10].

Ese sentimiento de desconfianza hacia el mar explica que haya sido utilizado metafóricamente, a lo largo de la historia, para representar los daños y peligros, sociales y espirituales, de la vida terrena, no solo en obras místicas, ascéticas y específicamente religiosas, sino también en poemas de carácter alegórico, a veces con cierto matiz moral. Además, en poemas y relatos en prosa, en los que se hacen referencias al mar, en un sentido recto, siempre es considerado como un elemento peligroso, mudable e inseguro, incluso, traidor. El concepto negativo del mar es, pues, una constante literaria, un *topos*, fundado, tal vez, en la experiencia secular de los naufragios y peligros de la navegación en las épocas antiguas.

Por su parte, Fray Luis veía el mar como el lugar propio de las tormentas, el elemento en el que las tempestades se producen de manera más natural y espontánea. Este sentimiento lo expresa en su citada *Exposición del Libro de Job* (VII, 12). Comentando este versículo, en el que Job se queja de sus continuas desgracias, dice Fray Luis:

Capítulo V, v. 25, de dicha *Exposición*, Fray Luis utiliza ya la metáfora de la *navegación* para representar la vida terrena. Por último, en la edición de la BAE (XXXVIII, p. 329b), se lee «y este *mar* del vivir...». Tal vez por ello, Senabre cita por esta edición, y no por la del P. García.

9. Para los textos del Crisóstomo y de otros Padres, véase Senabre (1978: 39-71).

10. Para más noticias sobre la visión negativa del mar en la antigüedad, véase Hill Connor (1980: 45, notas 4 y 18). En realidad, en la literatura medieval también se presenta el mar lleno de peligros, como un elemento traidor del que, por tanto, hay que desconfiar; véase, por ejemplo, el *Libro de Apolonio*, cc. 107-110 y 120.

> y quéjase comparándose con la mar y con la ballena, diciendo que le trata Dios como a ellos [...]; o que ansí como está sujeta la mar a tormentas y es como el propio lugar de las tempestades, y donde las olas combaten y los vientos ejecutan su violencia y rigor...

Estos textos nos revelan, sin lugar a dudas, que, para Fray Luis, el mar era un elemento peligroso, una fuerza destructora de furiosas tormentas y vendavales. Por ello, cuando se refiere al «mar», como metáfora de la vida, lo acompaña de epítetos negativos, tales, como «mar airada» (I), «mar tempestuoso» (I y XXI), «abismo inmenso enbravecido» (XIV), «mar turbada» (XVIII y XIX), «malvada fuerza» (XXI)[11], etc.

Ahora bien, teniendo en cuenta la nefasta visión del mar que tenía Fray Luis, es lógico que, incluso cuando se refiere a él en sentido recto, lo acompañe de un epíteto negativo, como sucede en la lira VIII (v. 37) de la Oda que analizamos, en donde lo califica de «monstruoso»[12].

Queda, pues, explicado el origen del epíteto negativo del sustantivo *mar*, accidente geográfico que utiliza el poeta, en la lira VIII (v. 37), para señalar los límites de Galicia por el Oeste y por el Norte.

Veamos ahora «la fiel montaña» (v. 38), o sea, el otro accidente geográfico que el poeta utiliza como límite de la Galicia del siglo XVI. Ya hemos adelantado que el origen del epíteto *fiel* se encuentra en el uso que el poeta hace de la montaña con un sentido metafórico o simbólico de valor positivo. En la poética de Fray Luis, en efecto, el monte, la montaña, la sierra, etc. pertenecen al campo metafórico del *ascensus* o elevación espiritual, religiosa, moral, poética. Todo lo que

11. La utilización del mar y la navegación con sus tormentas y vendavales para representar la vida terrena implica un sentimiento también negativo de esta. Y, en efecto, Fray Luis veía la vida mundana llena de injusticias y peligros, de males y calamidades (cf. *Exposición*, VII, 1, pp. 150-151, ed. del P. García, donde, tras comentar las pesimistas palabras de Job, Fray Luis expone su propio concepto de la vida, comenzando: «Y ello a la verdad es ansí ...».

12. Los editores suelen decir que dicho epíteto se debe a que, en la época de Fray Luis, se creía que el Atlántico estaba habitado «por monstruos horrendos» (P. Vega, 1980: 14) o «por las espantosas leyendas que lo circundaban [al Atlántico], cuando los primeros descubrimientos transoceánicos» (Macrí, 1982: 291); también Alcina (1987: 79), Serés (1990: 59), Cuevas (2000: 96). No sé si esas leyendas han influido en Fray Luis a la hora de señalar uno de los límites de Galicia como «mar monstruoso», pero creo que, sobre todo, hay que tener en cuenta los muchos males y peligros que el poeta atribuye al mar, como elemento genérico, es decir, no particularmente al Atlántico. Además, hay que tener en cuenta el frecuente uso de este elemento como metáfora negativa de la vida mundana y, por ello, el acompañarlo, siempre, de epítetos que denotan destrucción, furia, etc. Por otra parte, en la lira VIII (v. 37), en rigor, no se trata solo del mar Atlántico, sino también del Cantábrico, ya que la costa de Lugo da a este mar.

se eleva sobre la tierra tiene un sentido semejante, en cuanto que es siempre de signo positivo. Lo que asciende hacia el cielo representa la 'paz de espíritu', la 'serenidad', el 'descanso', la 'seguridad', es decir, la ausencia de todos los peligros y daños del mundo temporal, que el poeta representa, como hemos visto, metafóricamente, con el *mar* y la *navegación*.

En varios textos de Fray Luis, la subida al «monte» o al «collado» significa simbólicamente, la 'conquista de la gloria poética' (Oda XI). En otros textos, ese ascenso representa el esfuerzo por superarse y alcanzar la perfección moral, la nobleza de espíritu y el desprecio de las cosas materiales, en suma, la Virtud en el sentido renacentista (Odas II, XI).

La metáfora esencial de este campo semántico —de muy variados sentidos, según el contexto—, es el *monte* o la *cumbre* del monte, metáfora que puede tener una dimensión religiosa, transcendente, de acercamiento al Reino celestial o incluso ser un símbolo del mismo Dios[13]. Esta identificación tiene su apoyo en el extenso Capítulo que, en *De los nombres de Cristo*[14], dedica Fray Luis a comentar el nombre *Monte*, que, en las Sagradas Escrituras, se da a Dios. Leyendo dicho Capítulo se hace evidente que para Fray Luis el monte, en sentido recto, era la suma de todo lo bueno y excelente. Este concepto superior del monte y el hecho de ser uno de los nombres que las Sagradas Escrituras dan a Cristo, apoyan el valor simbólico-religioso que le confiere Fray Luis en alguna de sus Odas.

Hay, pues, una clara oposición entre las imágenes marítimas y las de la «montaña» y el «ascenso». Las primeras representan los peligros, espirituales y sociales, que acechan al hombre en este mundo. Las segundas son símbolos de 'la seguridad', 'la paz', 'la salvación eterna', 'el gozo de la vida celestial', o bien, 'la conquista de la gloria poética', 'la nobleza de espíritu', 'la Virtud renacentista'.

Pues bien, ese juego de oposiciones y contrastes que se establece entre ambos campos metafóricos, en la poética de Fray Luis, tiene su correlato en el plano real, en el que también existe una oposición y contraste entre el mar y la montaña. Así, el mar es abismal, se hunde bajo la tierra, a donde no llega la luz; desde la superficie, su

13. Sobre la identificación del Monte con Dios, en la Oda I, véase Senabre (1978: 28-35).
14. Ed. de Cuevas (1977: 242-249). En realidad, no solo las páginas señaladas, sino todo el Capítulo es una apología de las riquezas y excelencias del Monte, como nombre que las SS.EE. dan a Dios.

profundidad es insondable y tenebrosa. Frente a él, la montaña, por el contrario, se alza sobre la tierra, y su cumbre se eleva hacia el cielo. Por ello, es luminosa, pues recibe la luz diurna del sol, o la nocturna de la luna y las estrellas, más y mejor que ningún otro lugar de la tierra.

Por otra parte, el mar es por naturaleza informe, inestable y cambiante, un elemento inseguro para el hombre, debido a su inconsistencia y a su continuo movimiento y variabilidad. Por el contrario, la montaña tiene forma definida, es firme y estable, sin cambios ni movimientos, y por su estabilidad, quietud y firmeza es un lugar seguro y fiable. En este sentido, la montaña es esencialmente «fiel», pues permanece igual y firme, frente al cambiante e inestable mar.

Teniendo en cuenta los usos metafóricos del *mar* y la *montaña* en la poética de Fray Luis, y la oposición que hay entre ellos, no solo en el sentido figurado o tropológico, sino también en la realidad, no es extraño que, al utilizarlos para señalar los límites de Galicia —por tanto, en sentido recto—, los acompañe de los epítetos que son esenciales a su naturaleza: *monstruoso* y *fiel*, respectivamente.

A esto hay que añadir otro aspecto importante de la poética de Fray Luis. Me refiero a su gusto por el equilibrio de la expresión y su tendencia a redondear las frases, acompañando los sustantivos de adjetivos o epítetos; con ellos se enriquece la expresión y, a la vez, se facilita la simetría y el equilibrio. El uso de los sustantivos solos, sin ninguna clase de atributos o aditamentos, deja la expresión demasiado descarnada, como si faltase algo. Por el contrario, con el adjetivo epíteto se redondea la expresión y se logra el equilibrio. A este respecto, dice Dill Goode (1969: 110) que

> El estilo de Fray Luis en *Los nombres de Cristo* está caracterizado [...] precisamente por lo que llamamos figuras de equilibrio.

Las figuras de equilibrio son, como se sabe, el paralelismo, la antítesis, el quiasmo, el hipérbaton, los dobletes o parejas de vocablos y la anáfora, todas ellas muy usadas por Fray Luis, no solo en *Los nombres de Cristo*, sino también en las Odas en lengua castellana. Dill Good apunta la posibilidad de que Fray Luis, lector y comentador constante de la Biblia, pudo haber asimilado de ella el gusto por los paralelismos, con o sin contraste, y añade que, tal vez por su ascendencia hebrea, sentía de manera natural el efecto armonioso, de equilibrio, que producen las construcciones paralelas.

De todas maneras, el paralelismo es una de las figuras más comunes de los poetas renacentistas, ya que uno de los principios de la estética del Renacimiento es la simetría y el equilibrio. Por lo tanto, Fray Luis, poeta renacentista y humanista, buscaba, lógicamente, la armonía y el equilibrio, figuras que producen sensación de quietud y de reposo, frente al movimiento y sensación de inestabilidad del estilo barroco.

Pues bien, en los versos 37-39 de la lira VIII, gracias a los epítetos, tenemos tres de las figuras de equilibrio más usadas por los poetas renacentistas: el paralelismo, la antítesis y el quiasmo. Así, en *mar monstruoso* / *fiel montaña*, tenemos las tres figuras: paralelismo, antítesis y quiasmo, ya que en ambos sintagmas la estructura se repite en quiasmo: sust. + adj. / adj. + sust. Además, aunque de una manera sugerida o latente, hay paralelismo, sin antítesis, pero con quiasmo, en los sintagmas *fiel montaña*, *fin de la tierra*, o sea, *Finisterre* < *FINIS TERRAE*, por tanto, adj. + sust. / sust.+ adj.

Volviendo, pues, a la identificación de «la fiel montaña» del verso 38, creo que no puede ser otra que la sierra o macizo de los Ancares en el Este de Galicia, al Sur de Lugo, sierra que limita con León, y en la que se encuentran cumbres de casi 2000 metros, como es el caso del Pico Cuiña. La sierra de Ancares queda, *grosso modo*, a la altura del cabo de Finisterre; es decir, una virtual línea recta desde este cabo al extremo oriental de Galicia va a dar a la sierra de Ancares, o sea, a «la fiel montaña» del verso 38. De ahí que Fray Luis señale esos dos accidentes para decirnos que los pueblos comprendidos entre ellos están «cerrados» por el «mar monstruoso».

BIBLIOGRAFÍA

Alarcos, Emilio (1977-78): «La oda *Virtud, hija del cielo* de Luis de León», *AO*, Oviedo, XXVII-XXVIII, pp. 5-15.

Alcina, Juan Francisco (1987): *Fray Luis. Poesías*, Madrid, Cátedra, 2.ª ed.

Cuevas, Cristóbal (1977): *Fray Luis de León. De los nombres de Cristo*, Madrid, Ediciones Cátedra.

Cuevas, Cristóbal (2000): *Fray Luis de León. Poesías completas. Obras propias en castellano y latín y traducciones e imitaciones latinas, griegas, bíblico-hebreas y romances*, Madrid, Editorial Castalia.

Dill Goode, Helen (1969): *La prosa retórica de Fray Luis de León en «Los nombres de Cristo». Aportación al estudio de un estilista del Renacimiento español*, Madrid, Editorial Gredos.

Echeverría, Leonardo Martín (1940): *España, el país y los habitantes*, México, Editorial Atlante.

García, P. Felix. O.S.A. (1957): *Obras completas castellanas de Fray Luis de León*, II, Madrid, BAC, 4.ª ed. corregida y aumentada.

Herrero García, Miguel (1966): *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos.

Hill Connor, Susan (1980): «Maritime imagery in the Poetry of Fray Luis de León», *Hispania*, 63 (March), pp. 38-47.

Llobera, P. José, S. J. (1932): *Obras poéticas de Fray Luis de León*. Edición y notas, Madrid, Biblioteca Diocesana Conquense, Estanislao Maestre, editor, vol. 1.

Macrí, Oreste (1982): *Fray Luis de León. Poesías*. Estudio, texto crítico, bibliografía y comentario, Barcelona, Editorial Crítica, nueva ed. revisada.

Senabre, Ricardo (1978): *Tres estudios sobre Fray Luis de León*, Salamanca.

Serés, Guillermo (1990): *Fray Luis de León. Poesía completa*. Edición, Madrid, Clásicos Taurus.

Vega, P. Ángel Custodio (1980): *Fray Luis de León. Poesías. Poesías originales. Traducción de las églogas de Virgilio. Traducción de los Cantares de Salomón*. Edición, introducción y notas, Madrid, Clásicos Universales Planeta.